

AVISE UD

"LA NACION"

# LA NACION

CONSULTE

NUESTRAS

Tarifas de Avisos

AÑO I.—Núm. 99

Santiago de Chile, Domingo 22 de Abril de 1917

Imprenta y Oficinas: Agustinas 1289

## ¿DEBE CHILE IR A LA GUERRA?

HABLA DON GONZALO BULNES

**APROBIA Y APLAUDE LA NOTA DEL GOBIERNO. — LA DEFENSA DE NUESTRA LIBERTAD. — ¿POR QUÉ HE MODO DE IR A LA GUERRA? — LA NOTA AMERICANA: UNA NEGATIVA DISFRAZADA TRAS UNA SONRISA. — NUESTRO GOBIERNO SIENTO UNA DOCTRINA QUE DETERMINO, EXPLICANDOLA, NUESTRA ACTITUD. — NUEVOS RUMBOS PARA LA POLITICA SUDAMERICANA. — FALTA DE ASERACION COMUN EN LOS PAISES DE HABLA ESPAÑOLA. — LA UNION CREA NUESTROS DERECHOS. — EL PROBLEMA DE LA PAZ FUTURA. — LOS VENCEDORES NECESITAN SERVICIOS INMEDIOS. — ¿COMO AYUDAR A LOS ALIADOS? — SALIRSE, COBRE, HIERRO Y ALIMENTOS. — VEZ DE SOLDADOS. — NO TENEMOS MOTIVOS PARA IR A LA GUERRA. — LA GUERRA SERIA UNA DESGRACIA NACIONAL.**

Se acentúa ya en la opinión pública y en nuestra prensa una corriente abierta de decisión que nos lleva a abandonar el mantenimiento de nuestra neutralidad; se podría ser de otra manera si se considerara la tradicional cordura internacional que nos caracteriza. Que nos declaramos de parte de la guerra cuando llegue el momento necesario de ver nuestra neutralidad atropellada, pero mientras esto no suceda meditemos antes de en-

—Ya calculo a lo que Ud. viene: la cuestión internacional. Asentimos nosotros y él se dispuso a la tortura de nuestro cuestionario. Pero, he aquí que un criado entra a la sala de trabajo llevando un telegrama.

Y mientras don Gonzalo rompe el sobre escrito y se impone del contenido, nosotros, hurgamos con la mirada, en torno, entre las hileras de volúmenes que se alinean en las estanterías repletas, obras todas relativas a Sud-América, y en cuyas páginas muchas horas los ojos del historiador se han entregado de lleno a pacíficas lecturas, a largas búsquedas históricas.

Cuando termina de leer, busca una cartilla para designar una nota, y luego va a sentarse en un sillón, frente a nosotros.

Entonces le preguntamos: —¿Cómo estima, don Gonzalo, la actitud de nuestro Gobierno en la hora actual, ante los acontecimientos de la guerra?

—Uno, dos, veinte segundos tarda en cavilar y luego nos responde: —Yo me atengo a la actitud prudente y a la doctrina formulada en la primera nota de nuestro Gobierno: la estimó prudente, razonable, y que ella debe ser la base de nuestra política, que no tenemos por qué abandonar hasta ahora. En esa nota el Gobierno de Chile consignó su protesta contra la guerra submarina sin restricciones, que no podía aceptar, porque tal aceptación habría supuesto la violación de la neutralidad. Yo me quedo, pues, en el concepto de esa nota, porque es lo que estimó justo; y el sentir de ella subyace a todo lo que yo voy a decir.

—¿Pero, don Gonzalo, si acaso no puede salir a la puerta de mi casa; no es libre un hombre que dispone de su libertad solamente puertas adentro; que no puede comerciar, que no puede moverse en contacto con los demás. Si yo sé que en la puerta de mi casa hay un grupo de hombres encargados de asesinarme si yo salgo, mi libertad está ofendida y por consiguiente está en peligro mi neutralidad. Eso me parece que es el concepto que se deduce de la actitud del Gobierno de Chile ante la guerra mundial que hoy hace peligrar a todos los países neutrales.

—Cree Ud. que la protesta de nuestra Cancillería ante las violaciones del Derecho de Gentes por Alemania, deben bastar como satisfacción nacional ante el conflicto?

—Sí, pues el Gobierno ha protestado, y ha dicho, con razón, que si él aceptase o reconociese tales actos ofendería de hecho el principio de neutralidad. En la nota chilena se ve claramente eso, lo cual, por lo demás, me parece muy justo.

—Entonces, le parece a Ud. que la actitud del Gobierno, al no ir más lejos, es justificada y está en un error los que la impugnan?

—Si el Gobierno protestó no creyendo prudente avanzar hasta una actitud peligrosa, puesto que no la tenía por tal, que le más lejos acaso hubiera sido prudente avanzar más aún sin que mediase motivo. Es demasiado exigirle a un país, que, por lo que pueda suceder, quiera obligarse a que se lance a una ventura.

—¿Ud. piensa, entonces, que debemos a toda costa y aun a trueque de crecidos sacrificios, mantener nuestra neutralidad?

—Cree que nuestra neutralidad es lo que más nos conviene, pues casi no necesitamos decir que el estado de paz es siempre preferible al estado de guerra; que aquel no debe abandonarse sino es impulsado a ello por una necesidad suprema, que no alcanza a ver en este momento.

—Es que no faltan quienes digan que, llegada la hora de la paz, nosotros no seremos contados entre quienes tienen derecho a participar de los beneficios que en esa nueva era de la civilización comienzan a gozar los vencedores.

—Sí; yo he oído la insinuación de que cuando llegue el momento de que se constituya el mundo sobre nuevas aspiraciones, cuando se celebre ese Congreso de la Paz, que dará la orientación del porvenir, quedarán fuera del templo los que no hayan adherido a la causa de los vencedores, es decir, los que hayan permanecido neutrales; o en la mitad o más de la mitad de este continente americano. Hoy día ha llegado hasta mí otra insinuación que consiste en expresar algo así como que esos vencedores, para vengarse de los neutrales, pueden conculcar los apetitos y las pasiones de otros países contra ellos y lanzarlos a una

guerra en las condiciones de las más desfavorables, pues lucharían aislados y solos. Si esto hubiera de suceder realmente, sería muy grave; pero yo no creo que pueda ocurrir, como muchos llegan a suponerlo. Yo me pongo en el caso de los vencedores, de los que están echando los nuevos cimientos del mundo y luego a preguntarme: ¿qué serán los intereses primordiales de estos vencedores? Seguramente que no serán otros que los de conservar los mercados que todavía quedan intactos en algunas partes del mundo, con los cuales puedan comerciar y comenzar a recuperar sus riquezas perdidas y donde puedan mandar sus productos industriales, que les darán vida a sus poblaciones en Europa; así, pues, lejos de mantener una política de camorra para los otros países dentro de conservar esos mercados intactos, es decir, una política que tienda a destruirlos o a cerrarlos, creo que tratarán de abrirlos para sus propios beneficios y bienestar, procurando a toda costa conservar los contra cualquier posible amenaza de guerra, que tal vez ellos mismos se encargarían de sofocar por la fuerza, si fuera necesario, en el caso de que ella llegase a amenazar a dichos países. Y esto se comprende, porque ello supone una defensa de la propia vitalidad de esas naciones, que se ven arruinadas y que tienen la obligación de reponer sus perdidas fuerzas.

—¿No estima Ud. que se puede servir mucho más eficazmente a las naciones aliadas, manteniendo nuestra neutralidad que nos permite entregarnos a la acción de nuestras labores indispensables?

—No hay oposición entre la neutralidad nuestra y el interés de los aliados; como parecen darlo a entender los partidarios de la guerra, aquellos que han emprendido esta campaña para lanzarnos a la guerra. A usted le parecerá una paradoja esto que yo le afirmo, pero no es así: el interés de las naciones aliadas consiste en que nosotros nos mantengamos en paz. Demasiado saben ellos que nosotros no podemos llevar a la causa de los aliados ningún auxilio militar o naval; ni un buque, ni un soldado; pero, si podemos darles lo que necesitan para el aprovisionamiento de su ejército; o, en otros términos, sea dicho, mientras ellos estén en la línea de fuego nosotros estamos contribuyendo a llenar la bodega en la intendencia de su ejército, con el salitre, que les sirve para hacer sus explosivos; con el cobre y hierro que les es indispensable para sus proyectiles; con nuestro trigo, frejoles, papas, frutas en conserva para la alimentación de sus soldados. Y, dicho de verdad, esto es lo único con que podemos contribuir a la guerra y para esto, necesitamos estar en paz, o sea conservar nuestra neutralidad, puesto que el levantamiento de soldados significa sustraer la gente de sus tareas para mantener un estado que en nada les sirve y que perjudica a los aliados.

—Además, ¿cree usted que en el caso posible de tener que ir a la guerra, tendríamos los recursos suficientes con que mantenerla?

—Ese sería otro problema muy grave, pues una movilización no supone solamente tener casas donde alojar a los soldados, sino que tener armamentos, pertrechos listos, alimentación en abundancia y una dotación de gente que, como ya le he dicho, debe ser arrancada a las labores de todos los días. Además, es preciso pensar que estando nuestras repúblicas con sus ejércitos movilizados sería sumamente peligroso, pues no costaría mucho que estallara una guerra entre nosotros y nos hicimos pedazos, para venir a completar la miseria que estamos presenciando.

—Cual es el instante don Gonzalo y luego, nos dice: —Luego, si la paz nos favorece a nosotros, y la paz es lo que le conviene a los beligerantes, ¿en nombre de qué nos lanzaríamos a la guerra? Aunque la palabra sea dura es necesario estamparla: sería necesario que este país estuviera gobernado por insensatos.

—Una persona entra inesperadamente en la sala de trabajo de don Gonzalo; le dice algo, mientras nosotros nos retiramos a ver de cerca un hermoso cuadro que pende del muro, hasta que la persona abandona la pieza. Luego, finalmente, le preguntamos: —Y, ¿en el caso de una posible violación futura de nuestra neutralidad, ¿debemos tratar de esquivar siempre nuestra entrada a la guerra, pues si nuestra preparación es deficiente y nuestros recursos son precarios ella supondría una aventura peligrosa?

—Y don Gonzalo nos contesta con viva energía, con firme resolución: —Que si mañana hubiésemos de salir de nuestra neutralidad, tengamos que considerarlo como una desgracia nacional; pero, no andemos buscando el peligro!

—Dice, y su voz tiene un acento de comunicativo convencimiento; todo el énfasis de un arranque que le brota de muy hondo, del corazón mismo.

—Nosotros aprovechamos un instante de silencio para cambiar la conversación. Don Gonzalo toma su sombrero y le acompañamos, luego, hasta las calles centrales. Recordamos cuánto nos ha dicho de los futuros trabajos, que piensa escribir: un libro sobre Bolívar, una historia política de Chile; hemos visto los últimos originales del próximo tercer volumen de su "Historia de la Guerra del Pacífico"; no ocultamos el regocijo cuando nos dice que desea retirarse del Senado para renunciar de lleno sus labores históricas; pensamos, pensamos en futuros bellos libros, como esa su admirable "Historia de la Expedición Libertadora", obra no superada en su género en Chile, escritos en la tranquilidad del estudio que, entonces, ya no vendrán a turbar los lugratos que

## ARTISTAS LONDINENSES



Al centro: Miss Sheila Hayes. A la izquierda: Miss Allen (Colombina). A la derecha: Miss Maxwell (Arlequin). Las dos últimas han actuado con brillo extraordinario, como bailarinas en la representación de "The Century Girl", la danza.

### IRONIA Y PIEDAD

ARMANDO DONOSO.

### NINO SUBLIME

ANATOLE FRANCE.

haceros de la política y las constantes tareas del Senado.

hace pedazos la inocente cabecita, al pie del muro, entre un irrefrenable grito de compasión y de dolor. No se sabe su nombre. No queda

de él más que del pájaro abatido de la rama por el golpe del granizo. Glorioso dentro de la advocación simbólica del Gavroche de Victor-Hugo. JOSÉ ENRIQUE RODO.

### Los chilenos en la guerra



En la fotografía, que publica el norte de Francia, y menos destacada, por su marcialidad y extraordinaria estatura, el señor Santiago Ramsay, condecorado con la Cruz de la Legión de Honor, y el señor Alberto, que perdió casi todo el batallón a que pertenecía, murieron cuatro de los cinco chilenos que lo acompañaron desde Santiago, entre ellos el señor Clark, de Antofagasta; y otro, el señor Robson, de Santiago, fue hecho prisionero por los alemanes. Entonces, fue herido por tercera vez el señor Ramsay.

Ahora se encuentra enfermo de la fiebre de trinchera, en uno de los hospitales franceses. El y sus hermanos, José y Arturo, que pronto irán a enrolarse también, fueron los iniciadores del foot-ball en nuestro país.



Don Gonzalo Bulnes

sayar un paso peligroso. ¿Acaso basta el cálculo de maquinarias convencionales futuras para embarcarnos en un estado de guerra? Una nación que cede todos sus ideales políticos y sacrificia su soberanía y su integridad nacional al cálculo de posibles conveniencias cercanas, ni siquiera merece que después se la respete. Es indigna de consideración como el hombre que no repara en su dignidad moral, ni obra con elevados propósitos porque hay que le insta a ser valiente prometiéndole tapar más tarde con monedas de oro esa veleidad.

Hemos ido a conversar con quienes sabemos decididos partidarios de la causa de los países aliados, el doctor Orrego Luco y don Joaquín Walker Martínez, y ellos nos han expresado su exacta manera de sentir, con noble sencillez y cordura, respecto a la actitud que le corresponde a Chile. Ahora deseamos hacer llegar hasta el público el juicio de don Gonzalo Bulnes, sabio historiador, senador de la República y uno de nuestros hombres políticos más penitentes de todos los problemas de nuestras relaciones internacionales. Su palabra, también es voz de razón y tranquilidad y merece que meditemos sobre su alcance.

Llegamos a la antigua residencia de la casa de la Compañía, que fue la del General Bulnes, donde el padre del Libertador, y antes de que formulásemos ninguna pregunta, don Gonzalo nos acogió con gentil benevolencia, y exclama, tendiéndonos la mano:

### Por esas calles...



¿Mozalbetes?...

